

CARTA DE SAN IGNACIO AL JOVEN DE HOY

João Batista Libânio S.J.

ENVIADOS AL MUNDO

Querido joven latinoamericano:

¡Qué alegría escribirte a pesar de la distancia de tiempo y espacio que nos separa! Quisiera conversar contigo sobre una idea que me apasionó desde mis años juveniles. ¿Será que ella mantiene aún tal vigor que también te hable a ti en otro contexto bien diferente? Siempre me sentí como alguien enviado al mundo, metido adentro del mundo, transpirando mundo por todos los poros.

En mis primeros años juveniles, el mundo para mí era la corte. Sabes, joven, yo nací en una familia noble, aunque ya algo decadente. Sin embargo, mis sueños y deseos no se detenían en el nivel de mis familiares. A lo más conviví cerca de un duque. Soñaba, sí, casarme con una princesa. Nada más y nada menos que la hija del Emperador. ¡Qué osadía!

Me entregué de cuerpo y alma a la vida mundana de la corte. Ella me trajo muchos placeres bien terrenos. Ellos me sedujeron y me retuvieron inmerso en la vida cortesana. Me llevaron a desórdenes morales. Sin embargo, conservé siempre el corazón honesto, fiel y de caballero. La nobleza para mí no se reducía a la sangre. Era cultura, espiritualidad, visión de mundo.

¿Qué diferencia de tu mundo, no es verdad? Hablar de corte te remite a algunas escenas televisivas en las que ves algún casamiento de la familia real en la Gran Bretaña, o en Suecia, o también en Bélgica. Posiblemente las últimas imágenes que impresionaron el mundo fueron las del funeral de la princesa Diana.

El mundo capitalista creó otra corte. La del dinero. Ascende a la nobleza quien entra en el club de los más ricos. El emperador hoy se llama Bill Gates y para aproximarse a él, debemos entrar en el orden de los mil millones de dólares de renta. A veces, me pongo a pensar: ¿viviendo en su mundo, con mi ideal de nobleza, será que yo me lanzaría en la aventura de la riqueza fácil y abundante? Creo que no. Yo no era ningún santo. Más bien muy pecador. Pero mi idealismo y sentido de humanidad no me permitirían reducir la nobleza de corazón al dinero. Basta un mínimo de grandeza de alma para ver que la cultura del dinero es hueca, baladí. No, ella no me atraería. ¿Será que te atrae a ti? ¿Estamos así tan distantes también en los ideales?

Me gustaría conversar contigo sobre otro envió al mundo. Yo cambié y mucho. Todo vino de un fracaso, de un dolor, de una operación con larga convalecencia. El fracaso fue una derrota en la batalla contra los franceses. El dolor fue una herida en la pierna por cuenta de un balazo que la alcanzó y la quebró. Vinieron las operaciones sin anestesia, soportadas por la vanidad de querer continuar elegante y poder bailar. Después, largo tiempo en la cama. Ahí, en esa convalecencia forzada vinieron las lecturas. No las que quería de caballería, de amores a princesas. Me dieron lecturas de vidas de Santos, de la vida de Cristo.

Sabes, mi joven, fue en ese momento que se quebró, no la pierna pues ya lo estaba, sino la coraza del corazón. Abrí los ojos para otro mundo. Diría, para otros mundos en plural. Entré en una nueva escuela. Ignorante de las filigranas de la acción de Dios en el corazón humano, empecé a percibir adentro de mí un juego de sentimientos.

Me entraban por el corazón dos mundos. Aquél primero de amores mundanos, danzas, caballería, conquista de jóvenes damas. Me llenaba de gozo, de placer, pero, después esas imágenes se desvanecían como burbujas de jabón y me quedaba el gusto amargo del vacío. En otros momentos, sentía lo contrario. San Francisco hizo esto, Santo Domingo hizo aquello. ¿Y yo? También lo quiero. Y me dolía dejar atrás de mí aquel mundo anterior. Pero al final del proceso interior permanecía un gusto alegre, leve, diferente.

Me quedo pensando: ¿será qué eso no te ocurre también a ti? Sé que muchos de ustedes en las vacaciones o en los finales de semana se lanzan a misiones, a actividades pastorales en lugares difíciles, en contacto con marginados y excluidos de la sociedad. Ahí viven experiencias diferentes de las fiestas de fin de semana con colegas de farra o simplemente de diversiones. ¿Será que tú ya percibiste la diferencia entre la alegría y goce de esas dos experiencias? ¿Cómo regresaste a casa después de una actividad pastoral, quizá austera y exigente? ¿Qué te pasó por el corazón? ¿Y cuando regresas de los finales de semana de bares y bailes? ¿Es la misma cosa?

Te confieso que fue la percepción de esa diferencia la que cambió mi vida. Era solo el comienzo. Aún no estaba maduro espiritualmente. Me entregué a exageraciones de austeridad, de penitencia. Comencé despojándome del ropaje de noble y vistiendo los andrajos de un mendigo, con quien cambié de ropa. Y así peregriné.

En mi tiempo, la peregrinación hacía parte del imaginario religioso popular. Había muchos lugares célebres para donde las personas se dirigían en la Edad Media y continuaban dirigiéndose en mi tiempo. El más conocido era el Santuario de Santiago de Compostela. Yo preferí ir a dos santuarios marianos.

Joven, no puedes imaginar la belleza de la experiencia de peregrinar. Sé que ahora está, de nuevo de moda la peregrinación a Santiago. Un escritor muy leído no solo en Brasil, pero en muchas partes del mundo, Paulo Coelho escribió un libro best-seller sobre esa experiencia. Conjuga varios sentimientos del corazón. Para peregrinar nos despojamos. No da para caminar cargando una maleta de burgués en viaje. Respondemos con un gesto de libertad a una sociedad de consumo que nos llena de cosas. Caminamos a pie con el mínimo de bártulos posibles. ¡Cómo somos capaces de vivir con tan poca cosa! Primera grande lección. Andamos. No es la caminata para mantener el físico esbelto. Es un caminar contemplativo, envuelto en oración, con la mirada dirigida para el santuario hacia donde nos encaminamos. Y esto en un clima religioso, de purificación de la memoria, de los afectos, de los sentimientos. Gastamos el cuerpo y en él quemamos las impurezas que se nos pegan en el cotidiano. Después de días y días, con el cuerpo ligero físicamente, el espíritu baja fácilmente a sus profundidades. ¡Cuánto misterio sepultado en nosotros mismos viene a la conciencia!

La peregrinación me llevó también a la Tierra Santa. Era el horizonte mayor de mi vida. Quería ir para allá, allá trabajar y allá morir. Me fascinaba pisar la tierra en la que Jesús vivió. Lo había descubierto en la lectura, en la meditación. Soñaba con una imitación hasta física de Jesús. Deseaba dormir como él dormía, comer lo que él comiera, recorrer los caminos que él recorrió; esto sería mi cielo aquí en la tierra, tal era la pasión que tenía por Él. Me lancé en esa aventura. Eran tiempos políticamente peligrosos en que cristianos y árabes lucharon hasta el derramamiento de mucha sangre. Los árabes ocuparon mi país, España, por ocho siglos. Casi me mataron en la Tierra Santa. No pude quedarme. Enorme frustración para mi sueño juvenil.

Aprendí una vez más que el seguimiento de Jesús necesita ir mucho más allá de una mera imitación material, física, visual. Escuché adentro de mí un llamado mayor, íntimo. Y se me abrió una comprensión diferente del mundo. Sobre ella deseo conversar contigo.

Hasta aquel momento de mi vida, conocía el mundo de las frivolidades, de la conversión penitente de mí mismo, de la peregrinación. Fue entonces que hice el hallazgo más importante de mi vida. Sentí una fuerte llamada para adentrarme en el mundo de los hombres, de las personas,.. No yo solo, sino con compañeros que compartieran conmigo el mismo ideal de ayudar a quien estuviera a la espera de una palabra para apuntarle el camino de la salvación. Entonces sí, entendí que mi vida solo tendría sentido si yo me dedicaba a la salvación de las almas. Era este el modo como se hablaba en mi tiempo.

Hoy, en tu lenguaje, sonarían las palabras: solidaridad, servicio, liberación de los pobres y excluidos, el cuidado con personas hambrientas de sentido para vivir y hasta de pan. Yo me sentí realmente enviado, con toda conciencia, al servicio de toda persona que

necesitara de alguna ayuda espiritual, material, humana, especialmente con relación a su realidad última de criatura llamada por Dios para una eternidad de amor y dicha. Dedicar toda mi vida a ayudar a los otros se convirtió en la tarea más importante de la vida. Formulé ese deseo en el lenguaje de mi tiempo: “servir y amar a su Divina Majestad”. Después lo condensé en una frase: “en todo amar y servir”.

Te hago saber, joven, que esa frase ha tenido mucho éxito. Cuántos jóvenes como tú se entusiasmaron por ese ideal de vida. “En todo amar y servir”. Ella relaciona el amor a su servicio y así define hondamente qué cosa sea amar. En otro lugar, escribí que el amor debe ponerse más en obras que en palabras. Es fácil decir que amamos a Dios, a Cristo, a una persona y que queremos modificar esa realidad de tanta injusticia. Si nos detenemos a pensar, ¿será qué las obras que practicamos manifiestan y encarnan esas palabras?

Amar consiste, así percibí en mi vida, en la comunicación mutua de lo que tenemos a quien amamos: ciencia, honores, riquezas. Si tú miras para tus amigos y amigas, ¿qué es lo que tienes y qué puedes comunicarles? Ser enviado es tomar conciencia de esa doble realidad: servir amando y amar sirviendo. Muchas veces no pensamos que los dones, cualidades, gracias que recibimos tan generosamente de Dios, pueden ser comunicados a otros. Qué tal si tú, al leer esta carta, te hicieras esta pregunta: ¿qué puedo compartir de mí a otros, sobre todo a los jóvenes de mi edad?

Era esa pregunta la que me hacía cuando estudiaba en la universidad de la Sorbona. Y conseguí hacerme amigo de Francisco Xavier, de Pedro Fabro que llegarían a ser después grandes Santos. ¡Ve tú a saber si tu amistad y compartir con tus colegas no te enriquezca mucho más de lo que tú puedas imaginar!

Percibí, en mi tiempo, que la Iglesia católica pasaba por una grande crisis interna. Recién convertido y ardiendo de fervor, me dolía oír que el Papa había celebrado el casamiento de su hija en el propio Vaticano, que la Curia romana, cardenales y obispos, se entregaban a una vida mundana, sin celo apostólico. Y sin embargo, pensé en una Orden religiosa que se colocara a la disposición del Papa, por juzgar que él, por el cargo que ejercía, tenía mayor visión de los problemas de la Iglesia y era para tal cargo era ayudado por el Espíritu de Dios. Me movía la fe. Imagino que para ti también la situación de la Iglesia y la de tu país, en muchos aspectos, generen desánimo, descrédito y hasta mismo indignación. Tanta injusticia social, tanta riqueza al lado de multitudes inmensas de pobres, hambrientos. En tu país hay segmentos sociales que son discriminados a causa de su raza, de su pobreza, de su falta de educación escolar y preparación para el trabajo hoy cada vez más exigente. ¿Y qué hacer?

La Orden Religiosa que fundé recibió de mí una inspiración en la línea del “servicio de la fe y de la promoción de la justicia”, como escribieron mis hijos en una de sus

recientes Congregaciones Generales. Fe y justicia son causas que merecen la vida de quienquiera con un mínimo de idealismo. Cuando pienso en la fe, sueño contigo profundizando la espiritualidad, participando de encuentros y retiros, comprometiéndote en la pastoral catequética de la parroquia. La espiritualidad de los Ejercicios Espirituales que escribí y que traducen mi itinerario espiritual, pone en el centro de la fe el seguimiento de Jesús. Como Él fue enviado al mundo, así el cristiano lo es al seguir sus huellas y camino. Tú conseguirás eso en la medida que frecuentes, en la oración, en la contemplación, en la lectura meditada del Evangelio, la persona de Jesús. La relación con la persona de Jesús nos robustece la fe.

¿Y la promoción de la justicia? ¿Cómo tú la consideras en tu país? No sabría contestarte de manera concreta. Eso te compete a ti que conoces tu realidad. Pero puedo pasarte mi experiencia. Viví en un momento que tiene semejanza con el tuyo. Recuerda que en el siglo XVI la Iglesia sufrió el cisma de la Reforma de Lutero. ¿Cómo responder a ese desafío de la evangelización en Europa y fuera de ella? Se había descubierto hacia poco América. Quizá fuera más exacto decir que se colonizaban tierras ya habitadas por tribus indígenas de millares de años de existencia. Mis compañeros no tenían la conciencia que tú tienes hoy de la originalidad, de la importancia de las culturas autóctonas y menos aún de una presencia salvífica de Dios en ellas. Imaginaban que la traían de fuera. Y lo hicieron con mucho celo. Así entendieron el envío al mundo. Tú hoy sabes cómo Dios actúa en todas las culturas e incluso en el humanismo ateo. Tu misión presente perdió aquel frescor y heroísmo de grande conquistador y evangelizador para ser un trabajo, no menos bonito, de hormiguita que, con pequeñas picadas, despierta los colegas para una Transcendencia presente, pero no percibida.

Vea, joven, cultivé con mucho empeño la práctica espiritual del discernimiento en la misión apostólica. En el caso concreto de tu vida, implica de tu parte especial cuidado en descubrir los puntos luminosos presentes en la noche más oscura de la vida. Es cuestión de atención a las pequeñas iluminaciones que Dios, por medio de acontecimientos, personas, lecturas, y quién sabe, hasta de esta simple carta, te concede ver y percibir la acción de su gracia. Saboreando esa gota de claridad, tú percibes mejor como ayudar a tu colega a descubrirla. Si tú la viste, quizá también él consiga hacerlo con un toque discreto de tu parte.

El ver es un primer paso. Fundamental, inicial. Los ojos se ligan a la razón y ésta al núcleo de nuestro ser. Entendemos que Dios está ahí presente, interpelando, despertándonos para el servicio. Dios es solo amor. Y quiere únicamente el bien para cada uno de nosotros. Esa comprensión nos aligera de complejos de culpa, de sentimientos de inferioridad, de remordimientos agrios. Ella nos impulsa para otro momento, hacia adentro del corazón, de la afectividad, para un sentimiento interior profundo. Otra

expresión que usé ("*sentire res interne*"), sentir la realidad internamente – hizo escuela. De esa fuente del afecto brota un actuar dirigida a transformar la realidad, la cual puede ser su minúsculo mundo interior o estructuras mayores en la escuela, en el trabajo, en la universidad, en el ocio, en las amistades.

Ese ejercicio espiritual supone de ti un doble movimiento. Siempre gusté de pequeñas expresiones didácticas para catalizar experiencias profundas. Aquí va otra. Contemplativo en la acción. En el actual mundo secular en descomposición, mezclado e imbuido, al mismo tiempo, de una lluvia religiosa de ritos, canciones, meditaciones trascendentales, gesticulación carismática, no es fácil, en primer lugar, la acción comprometida. Fácilmente las personas se pierden o en el descrédito total o en la marea religiosa sin más exigencia que la satisfacción emocional. Hay ejecutivos de grandes empresas, que en el cotidiano viven el esquema neoliberal de acumulación de riquezas, pero que a la vez se entregan a contemplaciones de corte oriental o carismático, yuxtapuestas a la acción, las cuales raramente repercuten en su práctica social. Más bien cumplen el papel de somnífero espiritual, exponiéndose a la cruda crítica de Marx respecto a la Religión como opio del pueblo.

Soñé con una relación bien diferente entre contemplación y acción, manteniendo, tanto la contemplación, como la praxis libertadora, como ustedes la llaman hoy en América Latina. En la clásica meditación del Reino, introduzco al ejercitante por medio de la parábola del llamado de un rey terrestre. Desde luego, debes entender que yo vivía en un mundo en el que la figura del Rey nos llenaba la fantasía, el imaginario. Frente al llamado del Rey temporal se describe el verdadero llamado de Cristo que yo sentí y que la meditación propone como llamada al ejercitante, a ti a quien escribo. Dos cosas pensé mucho, viví intensamente y propongo con entusiasmo. Imagínate tú que se te presentara un líder político con la propuesta de una lucha seria y comprometida para la liberación de los pobres, el cual, al mirarte en los ojos, te dijera: ¿te atreves a asumir conmigo ese programa de vida? Además, él prometía que participaría de las dificultades y peligros de todos ustedes: prisión, torturas y hasta la muerte violenta. Ciertamente tú recuerdas los años terribles de los regímenes militares en que muchos jóvenes de tu edad fueron tragados mortalmente por la represión. Ellos no tuvieron ningún jefe dispuesto a morir con ellos. Y aun así, sin tal conciencia, muchos fueron hasta el extremo del don de su vida, soñando con la liberación del pueblo. Con mucho más razón tú eres provocado a dedicarte hoy a una causa semejante, si algún líder se coloca a tu lado para lo que dé y venga. Y ahora, viene el giro. ¡Y si ese líder es el propio Cristo, el cual te convida para la entrega de tu vida a la misión de la evangelización! Él que ya te mostró hasta donde su amor llegó. Te dejo esta última pregunta.

Sé que la cultura que te envuelve erigió el placer como valor máximo. Y el placer no puede estar contra el proyecto de Dios. Fue Él que nos creó con las cinco ventanas de los sentidos, abiertas para el placer. ¿Cómo podrá querer que las cerremos? San Agustín, del cual leíamos mucho en la Sorbona, escribió un pequeño libro, lindo, una perla, sobre “La vida feliz”. Pero la cuestión consiste en saber cuál es la dicha que nos plenifica más allá del goce y placer inmediato. Conocí bien los dos lados de la “dicha”; aquella de la inmersión en un mundo de placeres sensibles; y la otra de la entrega de la vida para ayudar a los otros a encontrar el camino de la salvación. Ésa segunda experiencia me llenó el alma. Si tú quieres, experimenta dedicarte a vivir haciendo el bien para los otros y entonces tú también vas a vivir el propio bien y dicha.

Con mucha esperanza en ti, joven, que despiertas para ideales mayores en América Latina, recibe mi abrazo de viejo marinero de guerra,

Ignacio de Loyola